

nunca ha faltado ni faltará jamás al amor prometido; ni aun con nuestra muerte termina su amistad fidelísima; lo que siente amargamente es que nos separemos de su lado.

6. Su constante amistad está asimismo llena de consuelos y dulzuras inefables. ¡Qué felicidad no experimenta un corazón ante Jesucristo Sacramentado! Si no hay momentos en la vida más dichosos que los que se invierten conversando con un fiel amigo; ¡qué tranquilidad, qué gozo, qué placer tan dulce no hallará el alma humana en la presencia del Salvador, el mejor, el más fino, el más fiel y el más constante amigo! Entretenidos con Él, se deslizan sin sentirse las horas, las mañanas y hasta los días enteros, arrobados en los goces místicos del Salvador; y es que su grata conversación no es molesta, no es larga, no es amarga, sino muy suave, muy dulce, llena de toda consolación y de toda alegría. ¡Ah! y en medio de esta abundancia de castos placeres, y en medio de esta acumulación de puros goces: ¡qué elevación de miras, qué nobleza de sentimientos, qué grandeza de propósitos no se tienen ante Jesús! Que hablen los santos por mí, pues ellos conocen mucho mejor que yo las dulzuras que se perciben ante la Divina Eucaristía. Comprendiendo S. Agustín que Jesucristo es el verdadero amigo y que en Él y no en otros se halla el verdadero y el único consuelo, exclama «¡Oh locos del mundo! ¿Dónde váis para contentar vuestro corazón? Venid á Jesús, pues Él sólo puede daros el consuelo que buscáis; anhelad por este Bien en el cual están los bienes todos;» y S. Alfonso M.^a de Ligorio, (1) comentando estas frases del Águila de Hipona, ha solido decir: «Si quieres hallar pronto á tu verdadero amigo, aquí está, cerca de ti; dile lo que quieras, pues está en el Sagrario para consolarte, para oírte y para despachar tus ruegos». «Este altísimo Señor, prosigue Sta. Teresa, oculta su Majestad en el Sacramento para que vayamos con más confianza á pedirle cuanto necesitamos.»

7. Al dar á conocer el citado S. Alfonso la amistad que

(1) Visitas al Santísimo. Visita 10.

nos profesa Jesucristo en el Sacramento y el deber de nuestra gratitud, añade que los amantes no tienen mayor contento que estar con la persona que aman. Si amamos, pues, de veras á Jesucristo, debemos estar contentísimos de hallarnos en la presencia del Venerable Sacramento, ya que estamos en la presencia del Hombre Dios. Allí nos ve, nos oye; y nosotros ¿no le diremos alguna cosa? Á lo menos, dice, gocémonos de su gloria y agradezcamos su compañía; deseemos que todos amen á Jesús Sacramentado y le consagren sus corazones: por nuestra parte consagrémosle todos nuestros afectos, de suerte que Jesús sea en adelante nuestro único deseo y el objeto de nuestro amor (1).

Decía el extático S. Pedro de Alcántara (2) que para que la Iglesia no quedase sola, Jesucristo la dejó por amable compañía el Santísimo Sacramento. En vista de esto, ¿qué añadiremos nosotros de tan grata compañía? ¿No es acaso Jesús nuestro mejor amigo? ¿Á qué fin buscar otros amigos, enemigos de Jesús, que por eso mismo se vuelven también enemigos nuestros? ¿Á qué recrearnos con los amigos mundanos? Fuera, por tanto, de nosotros todo aquello que no sea amor de Cristo Sacramentado; demos nuestro corazón al amigo más cariñoso y más amante que existe; «su amor graciosísimo, como asegura tiernamente el V. Tomás de Kempis, es más suave que todas las florecitas, más cándido que todas las azucenas, y más hermoso que las más brillantes piedras preciosas, pues nada hay en las criaturas preferible á su amor, y así por su amor todo se ha de menospreciar.» Amante íntimo y amigo fidelísimo que nunca abandona al que le ama sino que se une gustosamente con él.

8. ¿Queréis saber hasta dónde llega la fuerza del amor que Jesucristo manifiesta al hombre por medio de su amistad? Recordad la dolorosa escena habida en Gethsemani, la noche de la Pasión. Judas, apóstol del Salvador, uno de sus más caros discípulos, arrastrado por la negra codicia de riquezas, intenta vender á su propio Maestro; quiere poner

(1) Visita 17.

(2) Meditaciones.

en ejecución sus malvados propósitos; y en el momento de llevarlos á la práctica, después que lo ha entregado en manos de verdugos desapiadados, el Salvador, mirándole con rostro apacible, le da todavía el calificativo inmerecido de *Amigo suyo*. ¡Oh caridad infinita que superas todas las dificultades de la vida! Aun á tus mismos enemigos, aun á tus propios verdugos tratas dulcemente de amigos. Si Judas se hubiera arrepentido de su horrible crimen, Jesucristo le hubiera admitido todavía en su compañía. Por lo mismo, el cristiano que ultraja vilmente al Señor, y después solicita como S. Pedro el perdón, entra de nuevo á ser familiar de Jesús. ¡Cuán grande, cuán inmenso se manifiesta en este pasaje del Evangelio el Hijo de Dios!

9. Los que han sido verdaderos amigos de Jesucristo Sacramentado, han encontrado en Él la suma de todos los bienes. El V. P. Francisco Olimpo, de la Orden de S. Cayetano, aseguraba no haber cosa ninguna en la tierra que encienda más vivamente los corazones de los hombres en el fuego del divino amor, que el Santísimo Sacramento (1). S. Miguel de los Santos, trinitario, casi siempre que se encontraba ante la Hostia inmaculada, quedaba arrobado; y deseando amar cada vez más á su celestial Amigo, en ocasión que pedía á Dios cambiase su corazón por otro más encendido, accedió el Señor á sus fervorosos deseos, trocándole el corazón por el suyo propio, después de lo cual, eran tan fuertes las llamaradas de amor divino que, para templarlas, aún en lo más crudo del invierno, tenía que salir á la huerta y aplicar al pecho el agua fría. S. Diego de Alcalá se deshacía en lágrimas cada vez que exponían á Su Divina Majestad en el Altar y no podía visitarle á causa de estar ocupado en la cocina de su convento; pero el Divino Amigo le consolaba y satisfacía plenamente sus ansias, obrando el estupendo milagro de que todas las paredes y tabiques dieran paso libre á las miradas del santo franciscano, con objeto de que pudiera contemplar en el Viril al mejor de los amigos.

(1) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.

De este modo, Jesucristo Sacramentado recompensa el amor que le han profesado sus amantes; de esta manera y otras semejantes corresponde el Salvador á sus amigos. Bien es verdad que éstos daban pruebas evidentes de un verdadero y fino amor al Santísimo Sacramento. Sta. Brígida besaba las huellas que dejaban los sacerdotes cuando llevaban el Santo Viático á los enfermos. El beato Nicolás Factor, al hablar del misterio eucarístico, se descubría enteramente la cabeza y se ponía en reverente postura. El beato Bernardo Corleón nunca se apartaba de la presencia del Sacramento, cuando estaba expuesto, á no ser que la obediencia dispusiese otra cosa. Finalmente, á S. Luis Gonzaga se le prohibió detenerse ante Jesucristo Sacramentado, porque cuando se hallaba en su Divina presencia, hondamente se extasiaba; y él mismo, al verse tan dulcemente atraído hacia el Dios de los altares, pero anhelando cumplir la obediencia, al pasar por donde el Sacramento estaba huía con violencia, exclamando al propio tiempo con hondo suspiro: Apártate de mí, Señor, apártate de mí.

10. Al encontrar en los amigos de Jesucristo Sacramentado, felicidad tanta, ¿quién no se moverá á imitarles, ó al menos á desear adquirir su amor? La generalidad de los hombres pierden miserablemente el tiempo entregándose á ilícitos ó ridículos amores, que jamás sacian el corazón, que siempre terminan por causar algún serio disgusto, cuando no mayores estragos. ¡Lástima inmensa que nuestro corazón, que por sí mismo propende á fijarse en el Ser divino para amarle de veras, se entregue á los necios amores de objetos extraños, caducos y miserables, indignos siempre del hombre, cuando no van bien ordenados! No deberíamos olvidar que el corazón humano, tanto más lejos de Dios está, cuanto más cerca se halle de las criaturas, y tanto menos amará al supremo Bien, cuanto más ame los bienes perecederos.

No seamos de los infelices que malgastan el tiempo, amándolo todo, menos á Jesucristo. Corramos al tabernáculo y conversemos con Jesús; nuestra felicidad será com-

pleta; al menos tendremos la inefable dicha de conocer que amamos á Dios, pues, como asegura S. Alfonso de Ligorio, los hombres no van á conversar con Jesucristo porque no le aman. ¿Hemos de tener gusto de pasar un rato con un pariente, con un conocido, con un amigo, y nos ha de disgustar la dulce conversación de Jesús Sacramentado? Seamos cuerdos y pensemos alguna vez sobre nuestra mejor conveniencia. Nuestra felicidad ha de ser Jesús; amemos, pues, á Jesús, y trabajemos por ser sus más leales amigos.

EJEMPLO

Era todavía niño y pastorcito S. Pascual Bailón, cuando, con ocasión de cierta festividad, penetró en el templo acompañado de su madre. Se celebraba función solemne al Santísimo Sacramento; y Pascual, que tenía ya sobradas pruebas de la fina amistad que le profesaba el Salvador (radiante aquel día en el Ostensorio) con admirable candidez, dijo á su genitora:—Madre, aquello del altar es mío.—Hízole ésta guardar silencio, pero el santo niño repetía con importunidad las mismas palabras hasta llegar á decir:—Yo lo quiero, yo lo quiero.—Al terminar la solemnidad notó él que los sacerdotes llevaban procesionalmente el Sacramento al Sagrario, y se deslizó, por permisión divina, de entre las manos de su madre, escondiéndose en uno de los rincones cercanos á aquel lugar. Poco después quedóse solo, y, cuando comprendió que, á excepción de Dios, ningún ser humano le podía ver, abrió con destreza el tabernáculo, cogió el Ostensorio en el que se guardaba la Santa Hostia, y, acomodándolo debajo de la manta que llevaba colgada del hombro, salió de la iglesia con toda cautela, pero con igual serenidad y devoción, dirigiéndose al hato, donde, escogiendo la piedra más blanca que pudo hallar á la mano, depositó reverentemente sobre ella el Santísimo Sacramento. Una vez que vió logradas sus aspiraciones santas, dejóse llevar de los incendios purísimos de su corazón amante, y comenzó á danzar inocentemente ante la Majestad augusta de Jesucristo. Allí derretía su alma inundada en puro gozo y no sintiera más que le despojasen de aquel tesoro riquísimo. Al propio tiempo, cundió en el pueblo la triste noticia de que había sido robado el Ostensorio con la Sagrada Hostia; y uno de los rústicos, que no ignoraba el pretendido sacrilegio y que se hallaba muy cerca del hato del santo pastor, al observar el espectáculo referido se acercó curioso y reconoció el Ostensorio. Inmediatamente dió aviso al párroco, quien juntamente con el clero y autoridades se dirigieron al lugar del suceso. Naturalmente el ministro del Altísimo quiso reprender ásperamente al bienaventurado pastorcillo: mas, al pretender llevarse el

Ostensorio, conoció que Dios no lo permitía, puesto que estaba fuertemente asido á la piedra que servía de altar. Entonces el santo niño, sin inmutarse, y con la candidez angelical que le distinguía, dijo al sacerdote:—Para que V. vea que esto es mío, no se lo llevará V. hasta que yo mismo se lo entregue.—Por cierto, fué necesario que el devoto pastorcito entregase el Sacramento al párroco, quien, con toda la solemnidad posible, lo condujo á la iglesia entre los aplausos de los fieles y el festivo clamoreo de los sagrados bronce, mientras que el santo niño no hacía otra cosa que dar saltos de alegría y de indecible entusiasmo ante Jesús Sacramentado, cual otro rey David lo efectuó ante el Arca de la Alianza.